









Y como si fuera la madre de toda la tribu, se dedicó a tocar y acariciar a todas las personas con las que vivía. A agradecer todas las muestras de apoyo y de cariño. A agradecer a su madre que la alimentó cuando era pequeña, a agradecer a sus hermanas y hermanos los juegos. Y al resto de adultos que participaban en las labores diarias de la tribu para que todos se mantuvieran.

Y pasó el tiempo, y un día, esa semilla humana vivía dentro de ella ya, justo cuando se olvidó de todo y se entregó al flujo y reflujo de la vida, fue cuando sintió que era madre de tantas cosas, se convirtió en el recipiente de una semilla humana.

Y fue el bosque a dejar ofrendas de flores, de raíces y de bayas, pero, sobre todo. dejó su gratitud. La sembró al lado de la piedra y al lado de la madre árbol que tanto le hablo. Y sembró una promesa de contar a su semilla humana, y al resto de humanos mientras ella estuviera viva, que la vida existía, que se tejía y entretejía, y que todos y todas formamos parte de esa vida.

Y cuando fue una abuela, aún seguía contando esta historia. La contó su hija y sus hijos, sus nietas y nietos.

*Y así lo contaban las abuelas,  
así me lo contaron a mí  
y así te lo cuento hoy a ti.*